

SOLEMNIDAD DE SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS
Homilía del P. Manel Gasch
1 de enero de 2017
Núm 6,22-27 / Gal 4,4-7 / Lc 2,16-21

Es interesante, queridos hermanos y hermanas, detenerse un momento a pensar con qué palabras los hombres y las mujeres calificamos los deseos para el año que comienza. Con las tarjetas de toda la vida, con correos electrónicos, con *whattsapps*, con alguna llamada de teléfono de alguien que todavía cree en la importancia de escuchar la voz en directo, pedimos un buen, un feliz, un próspero, un mejor, un excelente, incluso alguien a quien le gusta la precisión me ha deseado 365 días, 8.760 horas, 525.600 minutos y 31.536.000 segundos de felicidad !!; la más original ha sido, sin embargo, una felicitación, perfectamente comprensible por la persona que la enviaba, que me deseaba: ¡Feliz Navidad y paz sindical en el 2017!

En cualquiera de las formas y expresiones, está claro que nos deseamos felicidad. Que todavía somos capaces de expresarnos deseos de felicidad...

Y yo me pregunto: ¿es que la liturgia de la Palabra de la misa de hoy no hace lo mismo? ¿No tenemos una buena conexión hoy entre lo que ya hacemos naturalmente al comenzar un año y lo que la Iglesia nos hace rezar? Porque hemos escuchado palabras de bendición, que son palabras de felicidad. De hecho, ninguna de las felicitaciones que he recibido iguala la sencillez de la bendición de la primera lectura:

Nm 6, 24-26: "El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz". *Así invocarán mi nombre sobre los israelitas, y yo los bendeciré.* Seguramente que muchos de nosotros cuando escribimos estos deseos para el nuevo año no somos del todo conscientes de que estamos haciéndonos nuestro uno de los retos más fuertes del cristianismo: la fe y la esperanza en que un mundo diferente, un mundo a imagen de la voluntad de Dios es posible. Un reto porque no podemos olvidar que también hace un año deseábamos lo mismo y que en cambio, este 2016 hemos visto como Alepo en Siria, por decir sólo un nombre que represente el drama de todas las guerras, se añadía a la lista de estos lugares que son una especie de vergüenza colectiva para la humanidad: Auschwitz, Sarajevo, Srebrenica, Ruanda ...; o un reto porque en el año 2016 se ha batido un récord muy triste: el de personas muertas en el mar mediterráneo cuando intentaban llegar a Europa, o las niñas secuestradas en Sudáfrica, o los muertos en atentados terroristas o que hemos escuchado y visto tantas cosas que no son ni felices, ni mejores, ni más prósperas que las del año pasado. Y en cambio seguimos creyendo y diciendo que Dios volverá la mirada sobre el mundo y tendrá piedad de nosotros. Y lo creemos porque también hemos visto y testimoniado muchas cosas que nos han confirmado en la esperanza de que vale la pena creer en la bendición de Dios sobre el mundo, porque se realiza, aunque sus efectos salgan menos a los medios de comunicación.

Pero esta bendición, ¿Dios la puede llevar a cabo solo? En este primer día del año civil, celebramos también que Dios ha querido servirse de la humanidad de Santa María para encarnarse en Jesucristo, en el Emmanuel, en el Salvador, y por él darnos a todos los hombres y mujeres un protagonismo aún mayor en su obra de salvación. El misterio de Navidad, el misterio de Dios que no aparece en el mundo con toda su trascendencia sino que lo hace a través de un hombre, es también el misterio de dar una posibilidad a todos los cristianos, a todos los hombres y mujeres de hacer un mundo diferente. Dios no se ha saltado este último límite: el de la humanidad de Jesucristo. Lo cantamos en el Villancico más conocido: Dios ha venido en *humilde pequeñez recludo*. Dios no ha intervenido directamente, no nos ha rescatado de

manera extraordinaria: a pesar de todo, y es un a pesar de todo con letras mayúsculas, confió y sigue confiando en que la humanidad es capaz de asociarse a su bendición para la construcción de un mundo mejor.

Llevamos queridos hermanos y hermanas el nombre de cristianos, que significa "ser de Cristo"; Jesús y Emmanuel, son dos otros nombres que también nos recuerdan nuestra vocación a hacer presente a Dios que está con nosotros para salvar: nos digamos o no Jesús, Salvador, Manuel... todos somos llamados a participar de la vocación que indican los nombres que llevó el Hijo de Dios y que de alguna manera recibimos en el bautismo junto con nuestro nombre habitual. Y naturalmente este es el reto más grande que tenemos: asociarnos con nuestras vidas, con nuestros nombres, a la bendición de Dios sobre el mundo, porque en los sufrimientos, en las alegrías, en todo, el amor de Dios sea siempre conservado, aumentado y predicado.

Sabiendo que todo pasa por esta mediación que a imagen de la de Santa María Dios nos pide que hagamos entre su voluntad y el mundo, aún nos atrevemos a felicitarnos este año 2017 con todos los deseos de paz y de esperanza, y hacerlo con la mayor bendición que Dios nos ha dado, el recuerdo de la presencia perenne de Jesús entre nosotros en la eucaristía.